

Prólogo

Caminando por aquel desolado paraje invernal fue cuando la vi.

Apareció entre la bruma, del mismo modo que lo hubiera hecho un espectro cualquiera.

Sólo que yo no buscaba un espectro cualquiera. La buscaba a ella. Clamaba su nombre en las largas noches insomnes, caminando sin rumbo, soñando despierto con ella.

Y finalmente ella había hecho caso a mi llamada.

Ella fijó sus grandes ojos ambarinos sobre mí, brillantes y alargados, como los de un felino.

Su rostro de alabastro, tan pálido como la bruma que la envolvía.

Otro hombre habría salido corriendo ante aquella etérea figura fantasmal.

Yo, al contrario, me acerqué a ella con los brazos abiertos.

Era el encuentro que llevaba tantos años añorando.

Su cabello de fuego ondeaba al viento. La nieve se enredaba entre sus mechones de seda, igual como lo haría con una mujer viva. Sus ojos dorados me observaron con cautela. Temí que escapara de mí, como tantas veces me había ocurrido al intentar acercarme. Sin embargo, no podía contenerme. Ella estaba tan cerca, prácticamente a un paso de distancia, sólo con alzar los brazos la tendría a mi alcance.

—Elizabeth... —me escuché musitar. Mi voz sonaba agónica, suplicante—. No te marches otra vez, Elizabeth.

Ella me observó con esos grandes ojos dorados que ahora expresaban confusión... y temor.

Intentó alejarse, pero antes de que yo mismo pudiera reaccionar, mis

brazos la asieron, cogiéndola por los hombros y atrayéndola hacia mí. La acuné en el centro de mi pecho, incapaz de dejarla partir esta vez.

—Elizabeth... —musité como un desquiciado. Eso es lo que era. En lo que me había convertido sin ella. Un demente que vagaba de noche por los senderos solitarios en busca de la mujer que una vez había amado. Un loco en busca del espectro de la que una vez fue el amor de mi vida... Y que por siempre lo sería.

Y ahí estaba la prueba de mi demencia. Ahora sostenía a esa misma mujer entre mis brazos, adorándola en silencio, sucumbiendo al llanto como un niño pequeño.

«¿El demonio de Legrave sabe llorar?» Es lo que se preguntarían las damas de Londres que murmuran en voz baja a mi paso. Un demonio temido, en eso me he convertido sin ella.

—Sin ti, mi Elizabeth... —me encontré murmurando.

Pero ahora la tengo aquí, la tengo entre mis brazos. Está conmigo, y no le permitiré partir ya más.

Si es necesario, nos iremos juntos al más allá, pero no nos volverán a separar...

Sentí la fuerza de unas manos aferrándome por los brazos, intentando alejarme de ella.

Me resistí con toda mi fuerza. No volverían a separarnos. Ni la muerte podría conseguirlo...

Fue cuando noté su rostro cubierto de lágrimas. El terror reflejado en cada una de sus facciones. Y esa mirada... Esa mirada que para siempre me atravesaría el corazón. La mirada que significó mi muerte allí mismo, en ese exacto instante, al percatarme de que ella no me reconocía.

Ella no me reconocía...

Un día esa mujer de cabellos de fuego me amó con todo el corazón. Hoy, esa misma mujer no tenía idea de quién era yo.

*Fragmento del diario de Albert Clawson.
Londres, Gran Bretaña. 1857*

1

Londres, Gran Bretaña.
1864.

Elizabeth intentaba respirar con calma, fijando la vista en la ventanilla del lujoso carruaje que Lorraine había enviado para recogerla. Frente a ella iba sentada la criada de la familia.

Su tía Rose había insistido en que la acompañara como carabina a pesar de que ella tenía veintisiete años. A su edad, Elizabeth era considerada una solterona y bien podía asistir sola al baile.

Solterona... Nunca imaginó que llegaría a serlo. De joven soñaba con una familia, un marido, hijos... Aunque también había soñado tantas otras cosas: emprender una carrera de enfermera al lado de su padrastro, leer todas las novelas románticas del mundo y convertirse en la primera mujer que consiguiera volar...

Ahora todos esos sueños no eran más que parte de su pasado. Sueños con un futuro imposible que nunca se realizaría.

Elizabeth fijó la vista sobre su regazo, daba vueltas al bolso que la tía Violet le había prestado y que hacía juego perfecto con el encantador vestido que Lorraine le había enviado como regalo sorpresa. Era precioso, un conjunto demasiado fino para su gusto. El dorado y el color crema resaltaban el color rojo de su cabello, provocando una combinación armónica de tonos. Debía admitir que su amiga poseía un excelente gusto. «*A las pelirrojas nos sienta bien este color*», decía la nota que acompañaba al atuendo.

Fue la primera cosa que a Lorraine le llamó la atención de ella el día que se conocieron; ambas eran pelirrojas, y por ello creía que debían ser amigas. Según las ideas (algo alocadas, pero divertidas) de Lorraine, las chicas se llevaban mejor entre ellas si tenían características similares, y el pelo era una perfecta, así que ambas debían convertirse en las mejores amigas. Y ciertamente lo habían hecho durante esos tres meses que Elizabeth llevaba en Londres.

A pesar de las poco convencionales circunstancias en las que se habían conocido estando en el hospital, ella aguardando noticias de su tía Rose y Lorraine las de su padre, el vizconde de Clarkson, quien había tenido una crisis de apendicitis de la que salió airoso un par de días más tarde, ambas chicas se habían hecho grandes amigas. Prácticamente se habían vuelto inseparables, y ahora que se aproximaba la fecha de partida de Elizabeth al campo, Lorraine había insistido en que su nueva amiga asistiera a una fiesta antes de marcharse de Londres, y ésa tenía que ser la suya.

De ahí que no se limitara a enviarle la invitación, sino también el guardarropa completo para asistir al baile (vestidos, zapatos, incluso abanico y tocado), dejándola sin excusas para negarse. Y por supuesto, Elizabeth no pudo hacerlo. A pesar de que el vestido que llevaba puesto, aunque precioso, era el de una jovencita, pues dejaba al descubierto más piel de lo que ella recordaba haber enseñado en años. No al menos desde su debut en sociedad, hacía diez años.

Claro, no es que su memoria fuera de fiar...

Con aflicción, se llevó una mano al cuello, al sitio donde se encontraba la gargantilla que su tía Violet le había prestado. Cubría la cicatriz en su cuello, se había asegurado de ello. Sin embargo, se sentía desnuda.

Los cuellos altos habían sido su escudo todos esos años. Sin ellos se sentía tan vulnerable como si fuera enseñando la horrible marca del *accidente* a todo aquel que se le pusiera por delante...

Si tan sólo pudiera recordar algo de su pasado... Los únicos fragmentos de su vida anterior consistían en fugaces vistazos durante sus

sueños. Y ni siquiera podía asegurar que eso fuera completamente cierto.

En sus sueños, uno en especial, veía la imagen de un hombre.

Vaya escándalo que se armaría si su madre se enterara, pensó divertida.

Aunque poco le importaba, en realidad. Ese hombre era el único en su vida, el único dueño de su corazón, y lo único a lo que se aferraba día tras día, cuando continuaba con su vida sin tener una base sobre la cual sostenerse, como debían hacer todos los demás.

Porque, ¿acaso no es eso lo que un pasado representa para cualquier persona? Un historial, una certeza, algo que te brinda la confianza para continuar. Tener la certeza de lo que hiciste, de qué personas conoces, en quién puedes confiar...

¿Habría sido ese hombre digno de su confianza? ¿Sería parte de su pasado, siquiera? Porque de ser así, ¿cuál pudo ser el motivo para que ya no continuara en su vida?

Si tan sólo pudiera ver su rostro en cada sueño...

Pero siempre que intentaba verle la cara mientras dormía, su rostro se desvanecía. Sólo los ojos, esos ojos tan azules y profundos, eran lo único que traía como recuerdo al despertar.

Nada más.

Y reconocer a una persona únicamente por el color de los ojos es imposible.

Si tan sólo consiguiera recordar algo, lo que fuera... Si esa maldita bruma que se apoderaba de su mente cada vez que trataba de concentrarse en su pasado se esfumara de una vez y le permitiera ver más atrás del ayer...

El carruaje se detuvo con un movimiento seco. Elizabeth se tensó, atisbando el exterior por la cortina de la ventanilla. Había una fila de carruajes frente a la mansión de la familia de los Clarkson. Los invitados bajaban de sus transportes con lentitud, asegurándose de ir perfectamente engalanados al subir la escalinata principal de la residencia, haciendo caso omiso de las demás personas que aguardaban su turno.

Elizabeth se apoyó en el respaldo, retorciendo con tanta fuerza el bolso que tuvo miedo de romperlo. Pronto sería su turno para bajar, y cuando lo hiciera, se daría prisa. No quería ser el centro de atención de todos esos ojos.

Si tan sólo le hubiera hecho caso a su madre y declinado la invitación...

¡No! No iba a seguir consintiendo los deseos absurdos de su madre.

Si ella no la quería en la fiesta, pues entonces, tendría que ser ella quien no asistiera.

Ya bastante tenía con saber que su madre no la quería en Londres. Se había puesto histérica cuando se enteró de que ella se encontraba en la ciudad.

En los últimos años, todo cuanto le importaba a su madre eran su hermana menor y su padrastro.

Elizabeth apenas podía recordar el tiempo en el que todos convivieron como una familia. La mayor parte de sus recuerdos se encontraban en Cheshire, al lado de sus tías Rose y Violet.

Ellas eran su verdadera familia.

Hacía tres meses, su tía Rose había caído gravemente enferma y las tres debieron trasladarse a Londres para que la anciana fuera tratada. En el hospital (donde conoció y se hizo amiga de Lorraine), Rose consiguió salir adelante, y dentro de pocos días, las tres marcharían de vuelta a su casa de campo.

Pero antes, ella tenía que asistir a ese elegante baile, como le prometió a sus tías y a quien ahora era su mejor amiga, su única amiga, a pesar de la rotunda prohibición de su madre para que acudiera. Su madre tampoco aprobó su estancia en la ciudad, al ver a Elizabeth en Londres. Fue el cariño hacia sus tías lo que la impulsó a oponerse, por primera vez, a la voluntad de su madre y no volver al campo como ella le exigió. Si las cosas salían mal y perdía a su tía Rose, nunca se perdonaría el no haber pasado sus últimos momentos a su lado. Y ni su madre, ni su padrastro, ni el mundo entero la moverían del lado de la cama de su tía.

Gracias al cielo, su tía Rose había superado la delicada operación y cada día su salud estaba mejor. Pronto volverían a su tranquilo hogar en el pueblo de Crawford, lejos del barullo de Londres y de su imperitinentemente madre.

Elizabeth no sentía verdaderos deseos de asistir al baile que el padre de Lorraine, el vizconde Clarkson, celebraba en honor al cumpleaños de su mujer y que pondría fin a la temporada de eventos sociales.

A diferencia de su familia, no estaba familiarizada con los costumbres de la alta sociedad.

En su juventud, su familia no había gozado de la posición que tenían ahora. Su debut había sido en un pequeño pueblo industrial al norte del país. No en Londres, como su hermana menor. No había asistido año tras año a una interminable sucesión de fiestas, reuniones sociales y eventos campestres en las casas solariegas de los aristócratas amigos de su padrastro, como lo había hecho su hermana menor, Minnie.

Y después del terrible accidente que había sufrido (y del que nadie le quería revelar una palabra), la aislaron en el campo. El único recuerdo que tenía de ese fatal día era las terribles cicatrices que el evento había dejado en su cuerpo, y una mente nublada de forma indefinida y, posiblemente, para siempre.

La trataban como si fuera una vergüenza, un estropicio que no mereciera de su atención ni cariño. Como si no fuera digna de la oportunidad de permanecer a su lado...

Antes de lo que esperaba, la puerta se abrió y una mano enguantada apareció ante ella. Con delicadeza la tomó y se apeó del carruaje con la ayuda del cochero, un anciano que le dedicó una mirada sonriente. Al menos una cara amable en medio de esa multitud que parecía absorta en sus propios asuntos.

Aspirando una honda bocanada de aire, Elizabeth irguió el rostro. En el preciso momento que lo hizo, una gota de lluvia le cayó en la punta de la nariz, justo un segundo antes de que un aguacero torrencial comenzara a caer.

Elizabeth corrió escaleras arriba, con cuidado de no tropezar con los pliegues de tela de su capa y vestido. Llegó a la cima antes de lo esperado. Su buena condición tras tantos años de vivir en el campo ahora le brindaba buenos frutos. Echando una mirada por encima del hombro, vio a las otras damas que bajaban de sus carruajes, subiendo las escaleras también apuradas por buscar refugio, ayudadas por sus lacayos que corrían a auxiliarlas con paraguas. Se dio cuenta de que había sido afortunada al llegar tan pronto, apenas mojada. Y lo mejor sería que se diera prisa, o esa multitud la atropellaría en la entrada, llevándola en su carrera al interior de la monumental casona en unos pocos segundos.

Aún envuelta en la capa, se dio prisa en dirigirse a la entrada, sin preocuparse de volver a tiempo la cabeza hacia delante, por lo que se dio de bruces directamente con una persona que aguardaba a escasa distancia de ella.

—Lo siento mucho... —comenzó a disculparse, cuando notó que se trataba de un elegante caballero vestido con un fino traje negro a la última moda, que ella acababa de mojar con su capa húmeda.

El hombre dio media vuelta lentamente, sin decir una palabra. Su rostro se encontraba ligeramente cubierto por las sombras de la noche. Apenas se distinguían sus rasgos, pero sin duda quitaban el aliento, y más cuando le dedicó una mirada tan intensa que la dejó helada.

Estaba furioso.

—Lo siento tanto, señor... —se disculpó una vez más, extendiendo la mano para quitar el agua de su ropa.

Él, con un movimiento ágil que la sorprendió, tomó su mano antes de que ella pudiera tocarlo y la mantuvo firmemente sujeta. Elizabeth lo miró a los ojos, que eran oscuros como la noche. Él no dijo nada, la expresión de su rostro era insondable. ¿Por qué no la soltaba? ¿Qué pretendía con esa actitud?

—Albert... —una joven apareció entre la multitud, caminando directamente hacia el hombre—. Aquí estás. Te he estado buscando, ¿qué estás haciendo...? —Los ojos de la chica se abrieron como platos

al notar la presencia de Elizabeth, al tiempo que todo el color abandonaba su rostro—. ¡¿Tú...?!

Elizabeth frunció el ceño, sin comprender a lo que se refería.

—Vámonos de aquí —el hombre le soltó al fin la mano para detener la de la joven a su lado, que la extendía como si deseara tocar el rostro de Elizabeth. Sus ojos permanecían fijos en ella, tan abiertos que parecía que iban a salirse de las cuencas—. No digas nada.

—Pero, ella... —insistió la joven, en una mezcla de voz asustada y eufórica.

—Ni una palabra, Grace —musitó el hombre en un tono grave, haciéndola callar de una vez.

Elizabeth observó cómo él se llevaba a la chica prácticamente a rstras al interior de la morada. Algunas personas se habían detenido a observar con curiosidad la escena. Sin embargo, todo había pasado tan rápido, apenas unos cuantos segundos, que fueron pocos los invitados que notaron lo sucedido, y pronto perdieron el interés y se centraron en sus propios asuntos, que seguramente eran mucho más interesantes que una joven intentando tocarle la cara a una desconocida.

Aún abrumada por la escena que acababa de vivir, Elizabeth aguardó en el sitio acordado a la anciana criada que le servía de carabina.

—Señorita, deberíamos entrar —le dijo la anciana al llegar a su encuentro, dedicándole una mirada algo molesta por haberse mojado con la lluvia por su culpa. Después de todo, había salido de la comodidad de su hogar para acompañarla a ella.

—Si quieres, adelántate a la sala de las doncellas, Marie. Así podrás secarte —le dijo Elizabeth. La doncella le dedicó una reverencia antes de alejarse a paso rápido, sin aguardar una segunda petición.

—¡Aquí estás! —escuchó un grito familiar al tiempo que unos brazos enguantados se abrían paso con poca ceremonia entre la multitud—. ¡Elizabeth, hace media hora que te busco!

—Hola, Lorraine —Elizabeth sonrió al saludar a su amiga, sintiéndose aliviada de ver una cara familiar al fin—, ¿no se supone que deberías estar dentro, recibiendo a tus invitados?

La joven hizo un gesto con la mano, quitándole importancia al asunto. Lucía un hermoso vestido blanco de seda, adornado con perlas y rosas blancas. Su cabello no era tan rojo como el de Elizabeth, poseía un tono más similar al anaranjado, que despedía encantadores destellos dorados con las luces que iluminaban la estancia.

—Es la fiesta de mis padres, ellos son los anfitriones, no yo. Además, tienen a sus dos aburridas hijas rubias con ellos, no me necesitan. Yo he decidido venir a buscar a mi amiga pelirroja, antes de que el valor la abandonara y decidiera escapar del baile al que me prometió asistir.

Elizabeth frunció los labios, no podía engañar a Lorraine. Poseía una especie de lector de mentes que le hacía imposible ocultarle sus sentimientos.

—Ven, quiero que conozcas a alguien.

—¿A quién? —preguntó Elizabeth con un hilo de voz. Ya se le había pasado por la cabeza que su amiga tendría la intención de presentarle a un par de caballeros con el propósito de emparejarla. Cosa que no quería en absoluto.

Su madre no estaba del todo equivocada al suponer que cualquier hombre se sentiría asqueado al descubrir en su cuerpo las cicatrices del accidente.

—Una amiga —contestó Lorraine, para su alivio—. Ven, te va a encantar. Creo que seréis buenas amigas.

—¿También es pelirroja? —le preguntó.

Lorraine soltó una carcajada, llevando a Elizabeth de la mano entre la gente sin hacer caso de las miradas molestas que les dedicaban cuando, por accidente, chocaban con alguien por la prisa.

Elizabeth sabía que no era de buen gusto que se abrieran paso como si estuvieran en un mercado repleto, y no en una fiesta elegante, pero lo pasó por alto. Emma, la madre de Lorraine, era norteamericana, y por lo que le habían contado, sabía que habían vivido en los Estados Unidos parte de su vida. Seguramente las cosas eran muy diferentes al otro lado del mundo.

Quizá fuera buena idea que ella también comenzara a considerar la idea de viajar e instalarse al otro lado del océano, donde las personas se permiten actuar con mayor naturalidad y sus mentes no son tan cerradas a las ideas convencionales aprendidas.

Pasaron por un largo pasillo abarrotado de gente, sin detenerse a ser anunciadas por el lacayo encargado de nombrar a los invitados que iban entrando al baile. Bajaron las escaleras tras un par de parejas muy finas que se sobresaltaron cuando Lorraine prácticamente se deslizó entre ellos, llevando siempre a Elizabeth bien sujeta de la mano y con la labor de musitar disculpas a su paso.

Al llegar al abarrotado salón principal, Elizabeth apenas tuvo tiempo de murmurar una disculpa a los últimos afectados por su atropellada llegada, pues su amiga ya la conducía a un salón contiguo, donde las parejas danzaban al son de un maravilloso vals que tocaba la orquesta ubicada al otro extremo.

Elizabeth se quedó extasiada al contemplar la magnificencia del salón de baile. Las arañas relucían bajo las velas, bañando de luz no sólo a los invitados, sino a las intrincadas pinturas del techo. La música se mezclaba con el sonido de las voces y risas de los invitados, así como el cantarín correr del agua de una fuente en la terraza.

Gracias a los exquisitos ventanales abiertos de par en par, la brisa refrescaba el abarrotado salón, invitando a su vez a las parejas a una romántica caminata bajo las estrellas.

Elizabeth observó embriagada a los cientos de parejas que bailaban con soltura. Los invitados estaban ataviados de forma tan magnífica como si fuesen a ser presentados ante la reina. Todo era maravilloso, todo inolvidable. Ella sabía que nunca olvidaría este momento en lo que le quedaba de vida... No recordaba nada de su debut en sociedad ni de las fiestas a las que asistió durante su juventud.

Si tuvo recuerdos que atesorar, ahora estaban perdidos en la bruma de lo más hondo de su mente. Pero este recuerdo lo grabaría para siempre en su corazón, donde su mente no pudiera borrarlo. El destino no le jugaría otra mala pasada. Este recuerdo se lo llevaría a la tumba con ella.

—¡Shannon! —exclamó Lorraine de repente, sacando a Elizabeth de sus pensamientos.

Antes de darle tiempo de reaccionar, Lorraine tomó una vez más de la mano a Elizabeth y la condujo con ella hasta uno de los ventanales que daba a la terraza.

Sentada en un banquillo de piedra, se hallaba una elegante joven ataviada con un espléndido vestido esmeralda. Parecía distraída en los jardines, con sus ojos oscuros perdidos en la niebla mientras se abanicaba repetidamente con su fino abanico de plumas de pavo real.

La mujer se volvió hacia ellas al escuchar su nombre y la pasividad de su rostro mudó para adoptar una expresión de sorpresa y enseguida convertirse en una de alegría. Aunque había algo en esa sonrisa que provocó escalofríos en Elizabeth.

—Shannon, me alegra tanto verte al fin —la saludó Lorraine—. Te presento a mi querida amiga pelirroja, Elizabeth. Elizabeth, esta es mi encantadora amiga morena, lady Shannon Clawson.

—Encantada de conocerla, milady —musitó Elizabeth, haciendo una ligera reverencia. La mujer frente a ella sonrió, imitando el gesto. Tenía un rostro muy hermoso, de rasgos afilados y elegantes. Unos ojos profundamente negros y un cabello castaño que enmarcaba a la perfección su largo cuello desnudo. Al igual que ella, no parecía una dama muy afectada a la joyería.

De no ser por la cicatriz, seguramente Elizabeth no habría llevado ninguna.

—Sólo llámeme Shannon —le pidió la joven, guardando su abanico en su elegante bolso—. Es un placer conocerla al fin, señorita Elizabeth —le dijo la mujer, hablando en un tono suave y melodioso, que resultaba sumamente dulce y contrastaba con su aspecto un tanto intimidante—. Lorraine me ha hablado mucho de usted. Estoy de acuerdo con ella en pensar que llegaremos a ser grandes amigas.

Elizabeth sonrió, sin saber qué responder. Necesitaba salir más, eso era seguro. Tener como única compañía a un par de tías parlanchi-

nas y una gata adicta a la leche, no resultaba muy útil a la hora de dar conversación.

—¿Os importa si vamos a dar un paseo por los jardines? La música está demasiado alta y apenas consigo escuchar mis propios pensamientos —se quejó Shannon.

—Id vosotras, yo tengo que atender a mis invitados —dijo Lorraine.

Elizabeth la miró con extrañeza. Hacía un minuto había dicho lo contrario.

—En ese caso, tendremos que ir solas tú y yo, Beth... ¿Te importa que te llame Beth? —le preguntó, tomándola del brazo mientras caminaban rumbo a la terraza—. Suelo llamar a mis amigas de forma especial.

—No, no es problema. Mi familia suele llamarme así —Elizabeth le sonrió, mirando por el rabillo del ojo hacia el salón. Alcanzó a atisbar la alta y esbelta figura de Lorraine de pie junto al ventanal observándolas a ellas.

«¿Qué planeaba esa mujer?» pensó. A veces actuaba como un duende travieso en lugar de una fina dama aristócrata. Quizá realmente los niños fueran cambiados por hadas, como le contó su tía Violet de niña...

—¿En qué estás pensando? —le preguntó su acompañante. Elizabeth se puso tensa, otra vez se estaba dejando llevar por sus pensamientos. En definitiva necesitaba conseguir amigas con quienes practicar una conversación decente.

—Sólo en que creo que esta noche es preciosa para un baile. Me sorprende que haya dejado de llover tan pronto, hacía sólo unos minutos que parecía que iba a caer una tormenta torrencial.

—Así es Londres, ya lo sabes... —Shannon se encogió de hombros dedicándole una encantadora sonrisa—. Es decir... Lo siento, ¿eres de Londres? Lorraine no me aclaró nada al respecto.

—Lo era. Ahora vivo en un pueblo en Cheshire.

—¿Lo dices en serio? —ella arqueó las cejas, asombrada—. Adoro Cheshire. Especialmente Crawford.

—¿Conoces Crawford?

—Por supuesto, mi hermano tiene una propiedad cercana a ese pueblo. Ha prometido llevarme antes de que termine el verano. ¿Tú conoces Crawford?

—De hecho, es allí donde vivo.

—No me lo puedo creer... —se llevó una mano a los labios—. Qué pequeño es el mundo. Ahora entiendo el motivo por el que Lorraine ha insistido tanto para que seamos amigas. Creo que tú y yo nos vamos a llevar a las mil maravillas, Beth.

—Así lo creo también —contestó Elizabeth, sintiéndose más relajada.

—Oh, alguien se acerca —Shannon miró en dirección a un camino lateral, por el que se aproximaba un caballero acompañado por una dama.

—Quizá sea mejor que demos media vuelta —murmuró Elizabeth—. Dudo mucho que ellos deseen que los interrumpamos.

—¿Bromeas? Son mi hermano y mi hermana —rio Shannon al reconocerlos, alzando la mano en un saludo para llamar su atención—. ¡Albert, Gracie, aquí!

Elizabeth sintió que la sangre se le helaba al reconocer a la pareja. Era el hombre con el que se había topado en la entrada y la mujer que había actuado de forma tan extraña al verla.

—Qué coincidencia encontraros por aquí. Asumí que no vendríais al baile —les dijo Shannon, acercándose y llevando con ella a Elizabeth. De pronto, parecía que su brazo se había vuelto de acero y que esa frágil dama de la alta sociedad poseía la fuerza de un buey de tiro.

Elizabeth sintió que la sangre le abandonaba el cuerpo para concentrarse en sus mejillas cuando se detuvo frente a ese hombre.

Era alto. Dios si era alto. Nunca en su vida había visto un hombre tan alto. ¿O es que a ella le resultaba sumamente imponente? La luz de las antorchas dispersas por el jardín suavizaba ligeramente la expresión de su semblante. Tenía un rostro hermoso, sin duda. De mandíbula ancha y facciones un tanto duras. La nariz estaba ligeramente

torcida en el puente, como si se la hubiera roto hacía tiempo. No obstante, en lugar de restarle belleza, le otorgaba un aire de masculinidad sumamente atractivo. Sus labios, gruesos y perfectamente definidos, lucían tensos. Como si la presentación le pareciera de lo más fastidiosa. Sin embargo, aparte de eso, su rostro continuaba proyectando la misma máscara impenetrable que tenía en el momento en que lo conoció.

No podía definir si estaba todavía molesto con ella. Ni siquiera si se alegraba un poco del encuentro con su hermana.

Todo cuanto podía ver era la intensidad que le dedicaban esos brillantes ojos negros.

—Beth, te presento a mi hermano mayor, lord Albert Clawson, conde de Leagrave. Albert, te presento a mi nueva amiga, la señorita Elizabeth Tilman.

—No te he dicho mi apellido —pensó Elizabeth en voz alta antes de poder contener su lengua.

Shannon le dirigió una mirada mezcla de sorpresa y enfado por su descaro.

«¡Maldición!» Debía aprender a comportarse con los seres humanos si no quería terminar teniendo como única amiga a una gata a la que sólo le importaba la nata.

—Lorraine debió hacerlo —rio suavemente Shannon—, esa mujer me ha hablado tanto de ti que siento que te conozco desde hace años. Albert, ella es la amiga que Lorraine quería presentarnos hace días, ¿recuerdas? —Ahora Shannon se dirigió a su hermano—. Por supuesto que lo recuerdas, debió comentarlo unas cien veces, cuando menos.

—¿Es ella...? —La joven que acompañaba a Albert se aferraba a su brazo con fuerza, como si temiera caer desmayada en cualquier momento.

Elizabeth comenzó a pensarse seriamente la idea de actuar como fantasma en la siguiente representación teatral de Macbeth. Porque la mirada que esa chica le dirigía era la que una persona tendría al ver un espectro.

—Sí, es ella, querida —Shannon le dirigió a su hermana una mirada dura—. Lo siento, he sido una perfecta maleducada. Grace, ella es Elizabeth, mi nueva amiga. Elizabeth, ella es mi hermana menor, Grace.

—Es un placer, señorita —saludó la joven con un hilo de voz, haciendo una ligera reverencia.

—Igualmente —contestó Elizabeth, aunque dudaba que hubiera placer alguno en esa presentación.

—Me temo que debemos marcharnos cuanto antes —Albert le dirigió una mirada fugaz a Elizabeth antes de posar los ojos sobre su hermana menor—. Grace no se siente bien.

—¿Ah no? —La chica arqueó las cejas, confundida—. ¡Ah...! Es cierto. No, no me encuentro bien —se dirigió a Elizabeth, esbozando una mueca atormentada—. Lo siento mucho, tengo una... jaqueca terrible —se llevó la mano a la cabeza—. Lo mejor será que me vaya a descansar enseguida.

—¿No puedes quedarte aunque sea unos pocos minutos? —preguntó Shannon, dirigiéndose directamente a su hermano, utilizando un tono duro que iba más con su personalidad.

—Lo siento, querida. Es mi deber atender las necesidades de mis hermanas —contestó Albert, y haciendo una reverencia hacia Elizabeth, añadió—. Si nos disculpa, señorita, nos retiramos.

—Por supuesto —contestó Elizabeth, sintiendo un sabor amargo en la boca, aunque no comprendía el motivo. ¿Qué más le daba que él se marchara? Si no se había interesado en ella, no debía afectarle en absoluto, después de todo era un completo desconocido...

Entonces, ¿por qué le afectaba su rechazo?

—No te muevas de aquí —le pidió Shannon—. Albert... ¡Albert, espera!

—Está bien, Shannon... —Elizabeth intentó detenerla, pero fue en vano. La joven salió corriendo tras su hermano, exhibiendo cómo una dama fina no debía actuar jamás. Albert se había alejado con una rapidez asombrosa, llevando a Grace consigo.

Elizabeth observó con enfado la espalda del hombre marchándose

por el sendero. Parecía que esa noche sería la parte de su cuerpo que más vería de él.

Molesta consigo misma y con su nueva amiga, se dejó caer en uno de los bancos de piedra del jardín. Le parecía ridículo que él se portara tan duro con ella sólo por haber chocado con él accidentalmente. A cualquiera podía pasarle. No se trataba de un accidente tan grave como para que él la tratara como la peor escoria que pudo parársele enfrente.

A menos que fuera por... ¡Dios, ¿y si él creyó que intentaban emparejarlo con ella?!

¡Pero qué vergüenza! Y de ser así... Un nudo se formó en su garganta. De ser así, realmente él la había rechazado.

Y sin siquiera darle la oportunidad de conocerla...

Sabía que las presentaciones podían ser molestas, y no es que ella estuviese buscando un pretendiente. Y mucho menos un hombre como él. Pero no merecía que él se portara de manera tan grosera con ella.

—¡Beth! —Shannon corría ahora hacia ella—. No sabes cuánto lo siento... Ha sido tan... Lo siento mucho —dijo entre bocanadas de aire, mientras recuperaba el aliento.

—No te preocupes —Elizabeth se forzó por sonreír—. Creo que va a llover otra vez. Será mejor que volvamos adentro.

—Sí... Está bien —Shannon miró el cielo, completamente despejado, pero no se atrevió a contradecirla—. Sé que Lorraine servirá helado como postre. Vamos, me muero de hambre y el banquete debe estar a punto de comenzar.

Elizabeth siguió a su nueva amiga al interior de la casa, obligándose a dejar ese amargo encuentro en un rincón oculto de su mente.

Si tan sólo una pudiera escoger qué recuerdos mantener en la memoria y cuáles no...

Porque definitivamente habría preferido guardar en lo más recóndito de su memoria perdida el fatal encuentro con aquel caballero de ojos oscuros que la había rechazado sin darle antes la oportunidad de conocerla. Así como el sabor amargo e inexplicable de lo mucho que le había dolido ese rechazo.